
Las máximas de François de Rouchefoucault

François de Rouchefoucault



ELBIBLIOTECOM®
www.elbibliote.com

MAXIMAS DE FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULT

Cínico y curtido cortesano francés, gran seductor, De la Rochefoucault nos habla desde gloriosas épocas pasadas donde la vida en palacio brillaba con una intensidad nunca vista. Las "Máximas" que nos envía desde su siglo siguen siendo válidas hoy en día en cualquier cultura o civilización. Y creo que lo seguirán siendo durante mucho mas tiempo.

El libro que tiene usted en su pantalla de ordenador (o quizás ya impreso) es uno de los pocos que contiene gran sabiduría condensada y cuya utilidad es indiscutible, sobre todo en estos tiempos en que todo vuelve a parecerse a una inmensa Corte como la que pudo existir en Versailles.

Estas MAXIMAS que está leyendo ahora mismo están expuestas en la página EL ARTE DE LA ESTRATEGIA en <http://perso.wanadoo.es/ddragon/index.htm> donde siempre será bienvenido cada vez que quiera profundizar en información sobre Estrategias y Pensamiento de Oriente y Occidente, Trucos Psicológicos de fácil e inmediata aplicación, Técnicas de Seducción y Sexualidad y una Librería virtual con muchos libros gratis. Este libro no tiene derechos de autor, puede usted copiarlo, imprimirlo o regalarlo a sus amistades. De hecho, le animo a que lo difunda por correo electrónico, pues estará de acuerdo conmigo en que regalando este libro quedará usted como una persona de prestigio.

Por otra parte, también puede entrar en EL ARTE DE LA VENTAJA, en <http://virtualibro.com/libro.php?ID=22> donde verá conocimientos que son un resumen de las estrategias y tácticas de la página web de EL ARTE DE LA ESTRATEGIA. Este libro está escrito por el autor de dicha página y ha ayudado a muchas personas al proporcionarles soluciones a muchos de sus problemas.

Espero que disfrute con su lectura y le sea de utilidad.

Un saludo y hasta pronto, nos vemos en EL ARTE DE LA ESTRATEGIA.

1. Lo que tomamos por virtudes a menudo no es más que un compuesto de diversas acciones y diversos intereses que el azar o nuestro ingenio consiguen armonizar, y no es siempre el valor y la castidad lo que hace que los hombres sean valientes y que las mujeres sean castas.
2. El amor propio es el mayor de los aduladores.
3. Por muchos descubrimientos que hayamos hecho en el país del amor propio, siempre quedarán muchas tierras desconocidas.
4. El amor propio es más ingenioso que el hombre más ingenioso de este mundo.
5. La duración de nuestras pasiones depende tan poco de nosotros como la duración de nuestra vida.
6. La pasión a menudo convierte en loco al más sensato de los hombres, y a menudo también hace sensatos a los más locos.
7. Esas acciones grandiosas y espléndidas que deslumbran, según los políticos son efecto de grandes designios, pero por lo común tan solo son efecto del talante y de las pasiones. Así, la guerra de Augusto con Antonio, que se atribuye a la ambición de ambos por llegar a ser dueños del mundo, tal vez no fue más que una consecuencia de la envidia.
8. Las pasiones son los únicos oradores que siempre persuaden. Son como un arte de la naturaleza cuyas reglas son infalibles; y el hombre más romo cuando le domina la pasión persuade mejor que el más elocuente que carece de ella.
9. Las pasiones contienen una injusticia y un interés propio que hace que sea peligroso seguirlas, y que convenga desconfiar de ellas, incluso cuando parecen muy razonables.
10. Existe en el corazón humano una generación perpetua de pasiones, de tal manera que la ruina de una coincide casi siempre con el advenimiento de otra.
11. Las pasiones engendran a menudo otras que son sus contrarias: la avaricia produce a veces la prodigalidad, y la prodigalidad la avaricia; a menudo somos firmes por ser débiles, y audaces por cobardía.

12. Por mucho que nos esforcemos por cubrir las pasiones con apariencias de piedad y de honor, siempre se manifiestan a través de esos velos.
13. Nuestro amor propio sufre con mayor impaciencia la condenación de nuestras aficiones que la de nuestras pasiones.
14. No sólo los hombres tienden a perder el recuerdo de los beneficios y de las injurias, sino que incluso odian a sus benefactores y dejan de odiar a quien los ofendió. La perseverancia en recompensar el bien y vengarse del mal les parece una servidumbre demasiado gravosa.
15. La clemencia de los príncipes a menudo no es más que política para ganarse el afecto de los pueblos.
16. Esa clemencia, de la que se hace una virtud, a veces se practica por vanidad, otras por pereza, a menudo por miedo, y casi siempre por esas tres razones juntas.
17. La moderación de las personas felices se debe a la placidez que la buena fortuna da a su temperamento.
18. La moderación es un temor a caer en la envidia y en el desdén que merecen los que se embriagan con su dicha; es una vana ostentación de la fuerza de nuestro ánimo; y finalmente, la moderación de los hombres que se ven muy encumbrados es un deseo de parecer más grandes aún que su buena fortuna.
19. Todos tenemos fortaleza suficiente para soportar los males ajenos.
20. La fortaleza de los hombres juiciosos no es más que el arte de encerrar el propio desasosiego dentro del corazón.
21. Aquellos a quienes se condena al suplicio manifiestan a veces una fortaleza y un desprecio a la muerte que en realidad no es más que el temor a mirarla cara a cara; de modo que puede decirse que esa fortaleza y ese desprecio son para su ánimo lo que la venda es a sus ojos.
22. La filosofía triunfa fácilmente de los males pasados y de los males por venir, pero los males presentes triunfan sobre ella.
23. Pocos son los que conocen la muerte; es algo que no suele aceptarse por decisión propia, sino por estolidez y por costumbre, y la mayoría de los hombres mueren porque no hay remedio para la muerte.
24. Cuando los grandes hombres se dejan abatir por la duración de sus infortunios, demuestran que sólo los soportaban por la fuerza de su ambición, y no por la de su ánimo, y que, sin más diferencia que una gran vanidad, los héroes son iguales que los demás hombres.
25. Se necesitan virtudes más grandes para soportar la prosperidad que la suerte adversa.
26. Ni el sol ni la muerte pueden mirarse de hito en hito.
27. A menudo se hace ostentación de las pasiones, aunque sean las más criminales; pero la envidia es una pasión cobarde y vergonzosa, que nadie se atreve nunca a admitir.

28. En cierto modo los celos son algo justo y razonable, puesto que tienden a conservar un bien que nos pertenece o que creemos que nos pertenece, mientras que la envidia es un furor que no puede tolerar el bien de los demás.
29. El mal que hacemos no nos atrae tanta persecución y tanto odio como nuestras buenas cualidades.
30. Tenemos más fuerza que voluntad, y a menudo para disculparnos a nosotros mismos suponemos que las cosas son imposibles.
31. Si no tuviéramos defectos no sentiríamos tanto placer descubriendo los de los demás.
32. Los celos se alimentan de dudas, y se convierten en furor o se extinguen apenas pasamos de la duda a la certidumbre.
33. El orgullo se resarce siempre y no pierde nada, incluso cuando renuncia a la vanidad.
34. Si no tuviéramos orgullo no nos quejaríamos del de los demás.
35. El orgullo es igual en todos los hombres, sólo varían los medios y la manera de manifestarlo.
36. Parece como si la naturaleza, que tan sabiamente dispuso los órganos de nuestro cuerpo para hacernos felices, hubiera querido darnos también el orgullo para evitarnos el dolor de conocer nuestras imperfecciones.
37. El orgullo interviene más aún que la bondad en nuestras represiones a quienes han cometido algún yerro, y les reprendemos más que para corregirles, para convencerles de que estamos exentos de él.
38. Prometemos según nuestras esperanzas, y cumplimos según nuestros temores.
39. El interés habla toda suerte de lenguas y representa toda suerte de personajes, incluso el del desinteresado.
40. El interés, que ciega a unos, ilumina a otros.
41. Los que ponen demasiado empeño en las cosas pequeñas, por lo común se hacen incapaces de hacer las grandes.
42. Carecemos de fuerza suficiente para seguir toda nuestra razón.
43. Con frecuencia el hombre cree estar conduciéndose a sí mismo cuando es conducido, y mientras con su mente tiende a una meta, su corazón le arrastra insensiblemente hacia otra.
44. La fuerza y la flaqueza del ánimo tienen nombres engañosos; en realidad no son más que la buena o mala disposición de los órganos del cuerpo.
45. El capricho de nuestro humor es aún más arbitrario que el de la suerte.

46. El apego o la indiferencia que los filósofos sentían por la vida no era más que una inclinación de su amor propio, sobre la que cabe discutir tan poco como sobre la manera de hablar o la elección de los colores.
47. Nuestro modo de ser concede valor a todo lo que debemos a la suerte.
48. La felicidad estriba en nuestro placer y no en las cosas; somos felices por poseer lo que amamos, y no por poseer lo que los demás juzgan deseable.
49. Nunca somos tan felices ni tan desdichados como creemos.
50. Los que creen tener méritos consideran un honor ser desventurados, para persuadir a los demás y a sí mismos de que son dignos de que se ensañe con ellos el infortunio.
51. Nada mengua tanto la satisfacción que sentimos de nosotros mismos que ver que aprobamos hoy lo que desaprobamos tiempo atrás.
52. Por diferente que parezca la suerte de cada cual, hay sin embargo una cierta compensación de bienes y de males que las iguala.
53. Por muy grandes que sean los dones de la naturaleza, no es ella sola, sino su alianza con la suerte, la que hace a los héroes.
54. El desdén por las riquezas era en los filósofos un deseo oculto de vengar sus méritos de la injusticia que les había hecho la suerte, por medio del desdén de los mismos bienes de los que ella les privaba; era un recurso secreto para preservarse de la ruindad de la pobreza; un camino desviado para alcanzar la consideración que no podían tener por las riquezas.
55. El odio que inspiran los validos no es más que el amor que sentimos por su posición. El despecho de no poseerla se consuela y se suaviza con el desdén que demostremos a quienes la ocupan; y les negamos nuestro respeto al no poderles quitar lo que les vale el respeto de todo el mundo.
56. Para ocupar un lugar distinguido en el mundo se hace todo lo posible para aparentar que ya se está ocupando.
57. Aunque los hombres se jactan de sus grandes acciones, éstas no son a menudo la consecuencia de un propósito grandioso, sino consecuencias del azar.
58. Parece como si nuestras acciones tengan estrellas favorables o contrarias a quienes deben gran parte del elogio o del vituperio que se les concede.
59. No hay accidentes tan infortunados de los que las personas inteligentes no saquen alguna ventaja, ni tan felices que los imprudentes no puedan convertir en perjuicio suyo.
60. La suerte lo transforma todo en provecho de aquellos a quienes favorece.
61. La dicha y la desdicha de los hombres depende tanto de su condición natural como de la suerte.

62. La sinceridad es una obertura de corazón. Se da en muy pocas personas, y la que solemos ver no es más que un disimulo sutil, destinado a atraer la confianza de los demás.
63. La aversión a la mentira es a menudo una imperceptible ambición de dar importancia a lo que decimos y de conseguir para nuestras palabras un respeto religioso.
64. La verdad hace menos bien en el mundo que mal hacen sus apariencias.
65. No hay elogio que no se conceda a la prudencia; y no obstante es incapaz de cerciorarnos del menor de los hechos.
66. Un hombre hábil ha de establecer jerarquía entre sus afanes, e impulsar cada uno de ellos según su orden; nuestra avidez a menudo lo turba, haciéndonos perseguir tantas cosas a un tiempo, que por desear con excesivo ardor las menos importantes perdemos las que valen más.
67. La elegancia es al cuerpo lo que la agudeza es a la mente.
68. Es difícil definir el amor: lo que puede decirse es que en el alma es una pasión de reinar; en el entendimiento es una simpatía; y en el cuerpo no es más que un deseo oculto y delicado de poseer lo que se ama después de muchos misterios.
69. Si existe un amor puro y exento de la mezcla de nuestras pasiones, es aquel que está escondido en el fondo del corazón, y que nosotros mismos ignoramos.
70. No hay disfraz que pueda durante mucho tiempo ocultar el amor donde está, ni fingirlo donde no está.
71. Pocos son los que no se avergüenzan de haberse amado cuando ya no se aman.
72. Si juzgamos el amor por la mayoría de sus efectos, se parece más al odio que a la amistad.
73. Es posible encontrar mujeres que jamás hayan tenido un amorío, pero es difícil encontrar quien no haya tenido más que uno.
74. No hay más que una clase de amor, pero tiene mil copias diferentes.
75. El amor, igual que el fuego, no puede subsistir sin un movimiento continuo, y se extingue cuando se deja de esperar o de temer.
76. Con el verdadero amor ocurre como con los aparecidos: todo el mundo habla de ellos, pero son pocos los que los ven.
77. El amor presta su nombre a un número infinito de relaciones que se le atribuyen, y con las que tiene tan poco que ver como el Dogo con lo que pasa en Venecia.
78. En la mayor parte de los hombres el amor a la justicia no es más que el miedo a sufrir la injusticia.

79. El silencio es lo más seguro par quien desconfía de si mismo.
80. Lo que nos hace ser tan cambiantes en nuestras amistades es que es difícil conocer las cualidades del alma, y fácil conocer las del entendimiento.
81. No nos es posible amar nada si no es en relación a nosotros, y al preferir nuestros amigos a nosotros mismos no hacemos más que seguir nuestra inclinación y nuestro placer; y no obstante, sólo gracias a esa preferencia la amistad parece ser verdadera y perfecta.
82. La reconciliación con nuestros enemigos es tan sólo un deseo de mejorar nuestra situación, un cansancio de la guerra y el temor a sufrir algún revés.
83. Lo que los hombres llaman amistad no es más que un pacto, un respeto recíproco de intereses y un intercambio de favores; en resumidas cuentas, una relación en la que el amor propio siempre se propone ganar algo.
84. Sonroja más el desconfiar de los amigos que ser engañados por ellos.
85. A menudo nos convencemos a nosotros mismos de que amamos a personas más poderosas que nosotros, y sin embargo el interés es el único motor de nuestra amistad. No nos damos a ellos por el bien que queremos hacerles, sino por el que de ellos queremos recibir.
86. Nuestra desconfianza justifica el engaño ajeno.
87. Los hombres no vivirían mucho tiempo en sociedad si no se dejaran engañar unos por otros.
88. El amor propio nos aumenta o nos disminuye las buenas cualidades de nuestros amigos según la satisfacción que nos proporcionan; y juzgamos su mérito por la manera como viven con nosotros.
89. Todo el mundo se lamenta de su memoria, y nadie se lamenta de su criterio.
90. En el trato a menudo gustamos más por nuestros defectos que por nuestras cualidades.
91. La ambición más grande pierde hasta la menor apariencia de ambición cuando se ve en la imposibilidad absoluta de alcanzar a lo que se aspira.
92. Desengañar a un hombre que cree en su propio valor es prestarle tan mal servicio como el que se prestó a aquel loco de Atenas que estaba convencido de que todos los barcos que entraban en el puerto eran suyos.
93. Los viejos gustan de dar buenos consejos para consolarse de no estar ya en condiciones de dar malos ejemplos.
94. Los nombres ilustres rebajan en lugar de elevar a aquellos que no saben llevarlos.
95. La prueba de un mérito extraordinario está en ver que aquellos que más lo envidian se ven obligados a elogiarlo.

96. Hay hombres ingratos que son menos culpables de su ingratitud que sus bienhechores.
97. Está en un error quien cree que el entendimiento y el juicio son dos cosas diferentes: el juicio no es más que la magnitud de la luz del entendimiento; esa luz penetra hasta el fondo de las cosas, capta todo lo que hay que captar y descubre las que parecen imperceptibles. Por tanto, hay que conceder que es la extensión de la luz del entendimiento lo que produce todos los efectos que se atribuyen al juicio.
98. Todo el mundo habla bien de su corazón, y nadie se atreve a hablar de su inteligencia.
99. La cortesía del entendimiento consiste en pensar cosas dignas y delicadas.
100. La galantería del entendimiento está en decir cosas lisonjeras de una manera agradable.
101. Ocurre a menudo que hay cosas que se presentan a nuestra mente con una perfección que no sería posible alcanzar con el máximo esfuerzo.
102. El entendimiento siempre es engañado por el corazón.
103. Todos aquellos que conocen su entendimiento no conocen su corazón.
104. Los hombres y los asuntos tienen su punto de perspectiva: los hay que conviene ver de cerca para juzgarlos bien; y de otros nunca se juzga mejor que estando lejos.
105. No es razonable aquel a quien el azar descubre la razón, sino aquel que la conoce, que la discierne y que la sabe apreciar.
106. Para conocer bien las cosas hay que conocer sus pormenores, y como éstos son casi infinitos, nuestro saber es siempre superficial e imperfecto.
107. Una modalidad de la afectación consiste en decir que nunca se es afectado.
108. El entendimiento es incapaz de representar durante mucho tiempo el papel del corazón.
109. La juventud cambia sus aficiones por el ardor de la sangre, y la vejez conserva las suyas por costumbre.
110. Lo que más generosamente damos son consejos.
111. Cuanto más se ama a una mujer más cerca se está de odiarla.
112. Los defectos del entendimiento aumentan con la vejez, como los de la cara.
113. Hay buenos casamientos, pero no los hay deliciosos.
114. No nos consolamos de haber sido engañados por nuestros enemigos y traicionados por los amigos, y en cambio a menudo nos satisface ser engañados y traicionados por nosotros mismos.

115. Es tan fácil engañarse a uno mismo sin darse cuenta como difícil engañar a los demás sin que se den cuenta.
116. Nada menos sincero que el modo de pedir y de dar consejos: el que los pide parece sentir una deferencia respetuosa por las opiniones de su amigo, aunque sólo piensa en conseguir que corrobore las suyas, haciéndole fiador de su proceder; y el que aconseja paga la confianza que se le testimonia con un celo ardiente y desinteresado, aunque casi siempre lo que busca en los consejos que da es su propio interés o lucimiento.
117. La más sutil de todas las argucias es saber fingir bien que caemos en las trampas que nos tienden, y nunca es más fácil engañarnos que cuando estamos pensando en engañar a los demás.
118. El propósito de no engañar jamás nos expone a ser engañados a menudo.
119. Estamos tan acostumbrados a disfrazarnos para los demás, que finalmente nos disfrazamos para nosotros mismos.
120. A menudo se traiciona más por debilidad que por un propósito deliberado de traicionar.
121. A menudo se hace el bien para poder impunemente hacer el mal.
122. Si resistimos a nuestras pasiones, ello se debe más a su debilidad que a nuestra fuerza.
123. Apenas sabríamos lo que es el placer si nunca nos adulásemos.
124. Los más astutos presumen durante toda su vida de condenar la doblez, para servirse de ella en alguna ocasión importante y al servicio de algún interés mayor.
125. El uso ordinario de la doblez indica ruindad de espíritu, y casi siempre ocurre que quien se sirve de ella para cubrirse en un lugar se descubre en otro.
126. Las dobleces y las traiciones sólo se deben a falta de inteligencia.
127. La manera más segura de ser engañados es creernos más astutos que los demás.
128. El exceso de sutileza es un falso refinamiento, y el verdadero refinamiento es una sutileza efectiva.
129. A veces basta con ser grosero para que no nos engañe un hombre hábil.
130. La debilidad es el único defecto que no puede corregirse.
131. El menor defecto de las mujeres que se abandonan al galanteo es el galanteo.
132. Es más fácil ser juicioso para los demás que serlo para uno mismo.
133. Las únicas copias buenas son las que nos hacen ver la ridiculez de los malos originales.

134. Nunca somos tan ridículos por las cualidades que tenemos como por las que simulamos tener.
135. A veces somos tan diferentes de nosotros mismos como de los demás.
136. Hay personas que nunca se hubiesen enamorado si jamás hubieran oído hablar del amor.
137. Se habla poco cuando la vanidad no hace hablar.
138. Se prefiere hablar mal de uno mismo a no decir nada de nosotros.
139. Una de las causas que hace que haya tan pocas personas que parezcan notables y agradables en el trato es la de que no hay casi nadie que no piense más en lo que se quiere decir que en responder concretamente a lo que se le dice. Los más hábiles y los más complacientes se contentan con mostrar tan solo un rostro atento, pero en sus ojos y en su mente se ve una lejanía de lo que se les dice, y un apresuramiento por volver a lo que quieren decir, sin tener en cuenta que es un mal sistema para agradar a los demás, o para convencerles, empeñarse hasta tal punto en complacerse a uno mismo, y que saber escuchar y saber responder es una de las mayores perfecciones que pueden darse en el trato.
140. Un hombre de ingenio a menudo se vería muy embarazado sin la compañía de los necios.
141. A menudo nos jactamos de no aburrirnos, y somos tan presuntuosos que no aceptamos la idea de que podemos aburrir a otros.
142. Del mismo modo que lo que distingue a las mentes despejadas es el dar a entender en pocas palabras muchas cosas, por el contrario los romos tienen el don de hablar mucho y de no decir nada.
143. En la estima de nuestro propios sentimientos lo que hace que exageremos las buenas cualidades de los demás, más que la estima de su mérito; así, queremos atraernos elogios, cuando parece que estamos elogiando.
144. No nos gusta elogiar, y no se elogia nunca a nadie si no es por interés. El elogio es una adulación hábil, oculta y delicada que satisface de modo distinto a quien lo dispensa y a quien lo recibe: el uno lo juzga recompensa de su mérito; el otro elogia por que se advierta su equidad y su discernimiento.
145. A menudo elegimos lisonjas envenenadas que manifiestan de rechazo en aquellos a quienes lisonjeamos defectos que no nos atrevemos a descubrir de otra manera.
146. Por lo común sólo se elogia para ser elogiado.
147. Pocos son suficientemente juiciosos como para preferir la reprensión que les es útil a la lisonja que les traiciona.
148. Hay reproches que alaban y elogios que vituperan.
149. Rechazar elogios es un deseo de ser elogiado dos veces.

150. El deseo de merecer las alabanzas que nos dispensan robustece nuestra virtud, y las que se tributan al ingenio, al valor y a la belleza contribuyen a que sean mayores.
151. Es más difícil impedir que nos gobiernen que gobernar a los otros.
152. Si no nos adulásemos a nosotros mismos, la adulación de los demás no podría hacernos ningún daño.
153. La naturaleza hace el mérito y la suerte hace que actúe.
154. La suerte nos corrige de varios defectos que la razón no hubiera sabido corregir.
155. Hay personas de mérito que son desagradables, y otras que gustan con defectos.
156. Hay personas cuyo único mérito consiste en decir y en hacer necesidades útilmente, y que lo estropearían todo si cambiasen de proceder.
157. La gloria de los grandes hombres siempre ha de medirse por los medios de que han servido para adquirirla.
158. La adulación es una falsa moneda que sólo circula gracias a nuestra vanidad.
159. No basta con tener grandes cualidades; hay que saber administrarlas.
160. Por magnífica que sea una acción, no debe ser tenida por grande cuando no es el efecto de un gran propósito.
161. Conviene que haya una cierta proporción entre las acciones y los propósitos que las inspiran, si se quiere obtener todas las consecuencias que pueden engendrar.
162. El arte de saber emplear unas cualidades medianas usurpa la estima, y a menudo da más reputación que el verdadero mérito.
163. Hay una infinidad de conductas que parecen ridículas, y cuyas razones ocultas son tan juiciosas como fundadas.
164. Es más fácil parecer digno que los cargos que no se tienen que de los que se ocupan.
165. Nuestro mérito nos vale la estimación de las personas selectas, y nuestra estrella la del vulgo.
166. El mundo recompensa más a menudo las apariencias de mérito que el mérito mismo.
167. La avaricia es algo más opuesto a la buena administración que la liberalidad.
168. La esperanza, por engañosa que sea, sirve al menos para conducirnos al final de la vida por un camino agradable.
169. Aunque la perece y la cobardía nos hagan cumplir con nuestro deber, nuestra virtud es a menudo la que se lleva todo el honor.

170. Es difícil decidir si un proceder claro, sincero y digno es efecto de la honradez o de la habilidad.
171. Las virtudes se pierden en el interés como los ríos se pierden en el mar.
172. Si se examinan bien los diversos efectos del hastío se observará que ha hecho faltar a más deberes que al interés.
173. Hay varias clases de curiosidad: una, interesada, que nos empuja a querer enterarnos de lo que puede sernos útil; y otra de orgullo, que procede del deseo de saber lo que los demás ignoran.
174. Es preferible emplear la inteligencia en soportar los infortunios que se sufren que en prever los que algún día pueden sufrirse.
175. En amor la constancia es una inconsistencia perpetua que hace que nuestro corazón se apegue sucesivamente a todas las cualidades de la persona amada, dando ya la preferencia una a una, ya a otra; de tal modo que esa constancia no es más que una inconstancia fijada y contenida en una misma persona.
176. En amor hay dos clases de constancia: una se debe a que encontramos sin cesar en la persona amada nuevos motivos de amarla, y la otra se debe a que nos enorgullece ser constantes.
177. La perseverancia no merece ni vituperio ni elogio, porque no es más que la duración de las inclinaciones y de los sentimientos, que ni se pierden ni pueden adquirirse.
178. Lo que nos atrae en las nuevas amistades, más que el cansancio que nos producen las antiguas o el placer de cambiar, es la contrariedad de que no nos admiren lo bastante aquellos que nos conocen demasiado, y la esperanza de ser más admirados por los que no nos conocen tanto.
179. A veces nos quejamos a la ligera de nuestros amigos para justificar por anticipado nuestra ligereza.
180. Nuestro arrepentimiento, más que un pesar por el mal que hemos hecho, es un temor del que puede sobrevenirnos.
181. Hay una inconstancia que se debe a la ligereza del entendimiento, o a su debilidad, que le hace aceptar todas las opiniones ajenas, y hay otra, más disculpable, que se debe al hastío que provocan las cosas.
182. Los vicios entran en la composición de las virtudes como los venenos en la composición de los remedios: la prudencia los junta y los atempera, y se sirve útilmente de ellos contra los males de la vida.
183. Hay que reconocer, dicho sea en honor a la virtud, que las mayores calamidades que sufren los hombres son aquellas en las que caen por sus crímenes.
184. Admitimos nuestros defectos para reparar con nuestra sinceridad el daño que nos causan en la opinión ajena.
185. Hay héroes en mal como los hay en bien.

186. No se desprecia a todos los que tienen vicios, sino a todos los que no tienen ninguna virtud.

187. El nombre de la virtud sirve tan útilmente al interés como los vicios.

188. La salud del alma es tan insegura como la del cuerpo; y aunque parezcamos estar alejados de las pasiones, corremos tanto peligro de dejarnos arrastrar por ellas como de caer enfermos cuando se goza de buena salud.

189. Parece como si la naturaleza hubiese fijado para cada hombre, desde su nacimiento, límites para las virtudes y para los vicios.

190. Sólo corresponde a los grandes hombres tener grandes defectos.

191. Puede decirse que los vicios nos esperan, en el curso de la vida, como huéspedes en cuyas moradas hay que ir alojándose sucesivamente; y dudo que la experiencia pudiese hacer que los evitáramos, si nos fuera posible volver a andar el mismo camino.

192. Cuando los vicios nos abandonan, abrigamos la ilusión de ser nosotros quienes les abandonamos.

193. En las dolencias del alma hay recaídas, al igual que en las del cuerpo; lo que tomamos por nuestra curación, con mucha frecuencia no es más que una tregua o una mudanza de mal.

194. Los defectos del alma son como las heridas del cuerpo; por muy bien que las curemos, la cicatriz no desaparece, y en cualquier momento se corre el peligro de que vuelva a abrirse.

195. A menudo lo que nos impide abandonarnos a un solo vicio es que tenemos varios.

196. Nos resulta fácil olvidar nuestras culpas cuando somos los únicos en conocerlas.

197. Hay personas de quienes nunca pensaríamos mal si no lo vemos; pero no debería sorprendernos de nadie, si está ante nuestros ojos.

198. Elevamos la gloria de unos para rebajar la de otros, y a veces se elogiaría menos a monsieur le Prince y al señor de Turenna si no se quisiera vituperar a ambos.

199. El afán de parecer hábil a menudo impide llegar a serlo.

200. La virtud no llegaría muy lejos si la vanidad no la acompañara.

201. Quien crea llevar dentro de sí algo que le permite prescindir de todo el mundo, se engaña no poco; pero quien crea que no es posible prescindir de él, se engaña aún más.

202. Los falsos hombres honrados son los que disfrazan sus defectos a los demás y a sí mismos; los verdaderos hombres honrados son los que los conocen perfectamente y los confiesan.

203. El verdadero hombre de mundo es aquel que no se jacta de nada.
204. La severidad de las mujeres es un afeitte y un tocado que añaden a su belleza.
205. La honestidad de las mujeres es a menudo el amor a su reputación y a su tranquilidad.
206. Verdaderamente es ser hombre de bien querer estar siempre expuesto a la vista de los hombres de bien.
207. La locura nos sigue en todas las edades de la vida. Si alguien parece cuerdo es solamente porque sus locuras están proporcionadas a su edad y a su fortuna.
208. Hay bobos que se conocen y que emplean ingeniosamente su bobería.
209. Quien vive sin locura no es tan cuerdo como cree.
210. Al envejecer, nos hacemos más locos y más cuerdos.
211. Hay quien se parece a las coplas, que sólo se cantan durante un tiempo breve.
212. La mayoría de las personas sólo juzgan a los hombres por el crédito de que gozan o por su buena suerte.
213. El amor a la gloria, el miedo a la deshonra, el propósito de hacer fortuna, el deseo de hacer nuestra vida cómoda y agradable, y el afán de disminuir a los otros, son a menudo las causas de ese valor tan apreciado por los hombres.
214. En los soldados rasos el valor es un oficio peligroso que han abrazado para ganarse la vida.
215. El valor insuperable y la cobardía total son dos extremos que raramente se dan. El espacio que hay entre ambos es muy grande y contiene todas las demás especies de valentía: no hay menos diferencia entre ellas que la que hay entre el rostro y los temperamentos. Hay hombres que se exponen gustosamente al comienzo de una acción, y que se debilitan y se desalientan fácilmente si dura demasiado; otros se dan por satisfechos cuando han cumplido con las apariencias, y no se esfuerzan por hacer más; los hay que no siempre son dueños de su temor; otros se dejan a veces arrastrar a terrores invencibles; otros van a la carga porque no se atreven a quedarse en sus puestos. Los hay a quien la costumbre de los peligros menores robustece el valor y les prepara a exponerse a los más grandes; unos son valientes a cintarazos y temen los mosquetazos; otros permanecen serenos ante los mosquetes, pero temen batirse con la espada. Todos esos valores, de diferentes especies, coinciden en que, cuando la noche aumenta el miedo y oculta las acciones buenas y malas, al retirarse la luz todos piensan en no exponerse. Hay además otra manera de no exponerse más general; porque no se sabe de nadie que haga todo lo que sería capaz de hacer en una ocasión si tuviese la seguridad de salir con vida; de modo que está claro que el temor a la muerte priva de algo al valor.

216. El valor completo consiste en hacer sin testigo lo que uno sería capaz de hacer ante todo el mundo.
217. La intrepidez es una energía extraordinaria del alma que la eleva por encima de las turbaciones, de los desórdenes y de las emociones que la visión de los grandes peligros podría despertar en ella, y gracias a esa fuerza los héroes se mantienen en un estado sereno y conservan el libre uso de su razón en medio de los sucesos más sorprendentes y más terribles.
218. La hipocresía es un homenaje que el vicio tributa a la virtud.
219. La mayor parte de los hombres se exponen no poco en la guerra para salvar su honor; pero no abundan los que siempre quieren exponerse todo lo necesario para conseguir el triunfo de la causa por la cual se exponen.
220. La vanidad, la vergüenza y sobre todo el temperamento hacen a menudo el valor de los hombres y la virtud de las mujeres.
221. No se quiere perder la vida y se quiere alcanzar la gloria; de ahí que los valientes sean más hábiles y más ingeniosos para evitar la muerte que los leguleyos para conservar sus bienes.
222. No abundan las personas que en el primer declive de la edad no manifiesten ya por dónde va a desfallecer su cuerpo o su entendimiento.
223. La gratitud es como la buena fe de los mercaderes, hace posible el trato; no pagamos porque sea justo satisfacer las deudas, sino para encontrar más fácilmente quien nos preste.
224. Todos aquellos que cumplen con los deberes de la gratitud no por ello pueden jactarse de ser agradecidos.
225. La diferencia que hay en la gratitud que se espera de las mercedes que se hacen es que el orgullo del que da y el orgullo del que recibe no se ponen de acuerdo sobre el valor del beneficio.
226. Demasiado apresuramiento en pagar un favor es ya una muestra de ingratitud.
227. Las personas dichosas raramente se enmiendan, y siempre creen tener razón cuando la fortuna es favorable a su mal proceder.
228. El orgullo no quiere deber nada y el amor propio no quiere pagar.
229. El bien que nos ha hecho alguien exige que aceptemos el mal que nos hace.
230. Nada más contagioso que el ejemplo, y nunca podemos hacer ni grandes bienes ni grandes males que no engendren otros parecidos. Imitamos las buenas acciones por emulación, y las malas por la malignidad de nuestra naturaleza, que la vergüenza retenía prisionera, y que el ejemplo pone en libertad.
231. Es una insigne locura querer ser cuerdo frente a todos.

232. Sea cual fuere la causa que atribuimos a nuestras aflicciones, a menudo su origen no es más que el interés y la vanidad.

233. Hay en las aflicciones diversas clases de hipocresía: en una de ellas, con el pretexto de llorar la pérdida de un ser querido nos lloramos a nosotros mismos; lamentamos perder la buena opinión que tenía de nosotros; lloramos la disminución de nuestro regalo, de nuestro placer, de nuestro crédito. De ese modo los muertos reciben un tributo de lágrimas que sólo se vierten para los vivos. Digo que ésta es una especie de hipocresía, a causa de que en ese tipo de aflicciones nos engañamos a nosotros mismos. Existe otra hipocresía que no es tan inocente, porque engaña a todo el mundo: es la aflicción de ciertas personas que aspiran a la gloria de un dolor bello e inmortal. Después de que el tiempo, que todo lo extingue, ha hecho cesar el dolor auténtico, no dejan de obstinarse en sus llantos, sus quejas y sus suspiros; representan un papel lúgubre y se esfuerzan por persuadir con todas sus acciones que su congoja sólo puede terminar con su vida. Esta triste y enojosa vanidad suele darse en las mujeres ambiciosas: como su sexo les cierra todos los caminos que conducen a la gloria, se esfuerzan por hacerse célebres alardeando de una inconsolable aflicción. Hay además otra especie de lágrimas que proceden de fuentes menores, que manan y se secan con facilidad: se llora para adquirir la reputación de ser sensible; se llora para ser compadecido; se llora para ser llorado; finalmente se llora para evitar el sonrojo de no llorar.

234. A menudo es más el orgullo que la cortedad de luces lo que hace oponerse con tanta obstinación a las opiniones más aceptadas; en éstas los primeros lugares ya están ocupados, y muchos no se conforman con los últimos.

235. Nos consolamos fácilmente de las desgracias de nuestros amigos cuando sirven para llamar la atención sobre el afecto que sentimos por ellos.

236. Parece que el amor propio sea víctima de la bondad y que se olvide a sí mismo cuando hacemos algo por los demás; no obstante, es el camino más seguro para nuestros fines; es prestar con usura, con el pretexto de dar; es, en fin, ganarse a todo el mundo por un medio sutil y delicado.

237. Nadie merece ser elogiado por su bondad si no tiene la energía suficiente para ser malo; cualquier otra bondad no es a menudo más que pereza o impotencia de la voluntad.

238. A la mayoría de los hombres es menos peligroso hacerles el mal que hacerles demasiado bien.

239. Nada halaga más nuestro orgullo que la confianza que nos dispensan los encumbrados, porque la juzgamos como un efecto de nuestros méritos, sin tener en cuenta que la mayoría de las veces sólo se debe a vanidad o a impotencia por guardar un secreto.

240. Del atractivo, cuando no coincide con la belleza, puede decirse que es una simetría cuyas reglas se ignoran, y una relación secreta de los rasgos entre sí, y de los rasgos con los colores y con el aire de la persona.

241. La coquetería es el fondo del talante de la mujer; pero todas no la ponen en práctica, porque la coquetería de algunas está contenida por el miedo o por la razón.
242. A menudo se incomoda a los demás cuando creemos no poderles incomodar nunca.
243. Hay pocas cosas imposibles en si mismas, y lo que nos falta es, más que los medios, la constancia para conseguirlas.
244. La mayor inteligencia consiste en conocer debidamente el valor de las cosas.
245. Es una gran inteligencia saber ocultar su inteligencia.
246. Lo que parece generosidad a menudo no es más que una ambición disfrazada, que desdeña lo menor para aspirar a objetivos más grandes.
247. La fidelidad que se manifiesta en la mayoría de los hombres no es más que un artificio del amor propio para atraer la confianza; es un medio de elevarnos por encima de los demás y de hacernos depositarios de las cosas más importantes.
248. La magnanimidad lo desdeña todo para tenerlo todo.
249. No hay menos elocuencia en el tono de la voz, en los ojos y en el porte, que en la elección de las palabras.
250. La verdadera elocuencia consiste en decir todo lo necesario y no decir más que lo necesario.
251. Hay personas a quienes los defectos sientan bien, y otras a quienes afean sus buenas cualidades.
252. Es tan común ver cambiar las aficiones como extraordinario ver cambiar las inclinaciones.
253. El interés mueve toda clase de virtudes y de vicios.
254. A menudo la humildad no es más que una sumisión fingida de la que nos servimos para someter a los demás; es un artificio del orgullo que se rebaja para elevarse; y aunque se transforma de mil maneras, nunca se enmascara mejor ni es más apto para engañar que cuando se esconde bajo el semblante de la humildad.
255. Cada sentimiento tiene un tono de voz, unos ademanes y unos visajes que les son propios, y esa relación, buena o mala, agradece o desagrada, es lo que hace que las personas atraigan o disgusten.
256. En todas las situaciones, cada cual adopta una actitud y una apariencia para parecer lo que quiere que le crean; por tanto, puede decirse que el mundo sólo está compuesto de actitudes.
257. La gravedad es un misterio del cuerpo ideado para ocultar los defectos del espíritu.
258. El buen gusto procede más del juicio que del entendimiento.

259. El placer del amor consiste en amar, y se es más feliz por la pasión que se tiene que por la que se da.
260. La urbanidad es un deseo de que nos correspondan y de ser tenido por cortés.
261. Comúnmente, la educación que se da a los jóvenes les inspira un segundo amor propio.
262. No hay pasión en la que el amor de uno mismo reine de un modo tan absoluto como en el amor, y siempre se está más dispuesto a sacrificar la calma del objeto amado que a perder la propia.
263. Lo que se llama generosidad a menudo no es más que la vanidad de dar, que para nosotros cuenta más que lo que damos.
264. Por la compasión vemos a menudo nuestros propios males en los males ajenos; es una hábil previsión de las desdichas que pueden acaecernos; socorremos a otros para moverles a que nos socorran en una ocasión parecida, y esos servicios que les prestamos, en rigor son beneficios que nos hacemos a nosotros mismos por anticipado.
265. La cortedad hace la obstinación, no creemos fácilmente lo que está más allá de lo que podemos ver.
266. No es cierto que sólo las pasiones violentas, como la ambición y el amor, puedan triunfar sobre las otras. La pereza, por muy lánguida que sea, a menudo no deja de salir victoriosa: se impone a todos los propósitos y a todas las acciones de la vida; y destruye y consume insensiblemente las pasiones y las virtudes.
267. La prontitud en creer el mal, sin haberlo examinado suficientemente, es un efecto del orgullo y de la pereza: queremos encontrar culpables, pero sin tomarnos la molestia de examinar los crímenes.
268. En asuntos de poca monta rechazamos jueces, y nos empeñamos en que nuestra reputación y nuestra fama dependan del juicio de los hombres, que siempre nos son todos contrarios, por envidia, por sus prevenciones o por su falta de luces; y para hacer que fallen en favor nuestro exponemos de muchas maneras nuestro sosiego y nuestra vida.
269. No hay nadie tan inteligente que pueda saber todo el mal que hace.
270. El honor adquirido es prenda del que hay que alcanzar.
271. La juventud es una incesante embriaguez: es la fiebre de la razón.
272. Lo que más debería humillar a los hombres que han merecido grandes elogios es el afán con que aún aspiran a sobresalir por pequeñeces.
273. Hay quien goza del beneplácito del mundo y que no tiene más mérito que los vicios que sirven para el trato con los demás.
274. El atractivo de la novedad es al amor lo que la flor es a los frutos: le da un lucimiento que en seguida se desvanece y no vuelve jamás.

275. La bondad natural, que se jacta de ser tan sensible, a menudo queda sofocada por el menor de los intereses
276. La ausencia disminuye las pasiones menguadas y aumenta las grandes, del mismo modo que el viento apaga las velas y aviva el fuego.
277. Con frecuencia las mujeres creen amar, aunque no amen: el ocuparse en un amorío, la emoción que da la intriga galante, la inclinación natural al placer de ser amadas y la contrariedad que se siente al rechazar algo, les convencen de que aquello es una pasión, cuando no es más que coquetería.
278. La causa de que a menudo decepcionen los negociadores es que casi siempre renuncian al interés de sus amigos por el afán del éxito de la negociación, que se convierte en algo propio por el honor de haber llevado a bien la empresa que les confiaron.
279. Cuando exageramos el afecto que nuestros amigos sienten por nosotros, a menudo más que por gratitud es por el deseo de destacar nuestros méritos.
280. La buena acogida que tributamos a los que se presentan por vez primera en sociedad se debe a menudo a la secreta envidia que sentimos por los que ya están establecidos en ella.
281. El orgullo, que nos inspira tanta envidia, a menudo nos sirve también para moderarla.
282. Hay falsedades disfrazadas que simulan tan bien la verdad que sería un error de juicio no dejarse engañar por ellas.
283. A veces demuestra tanto talento saber aprovechar un buen consejo como aconsejarse bien a uno mismo.
284. Hay malvados que serían menos peligrosos si no tuvieran ni pizca de bondad.
285. La magnanimidad queda ya suficientemente definida por su nombre; sin embargo, podría decirse que es el sentido común del orgullo, y el medio más noble para recibir elogios.
286. Es imposible amar por segunda vez lo que verdaderamente se dejó de amar.
287. No es fertilidad de ingenio lo que nos hace encontrar varias soluciones para un mismo asunto, sino más bien la falta de luces, que hace que no renunciemos a nada de lo que se presenta a nuestra imaginación, y que nos impide distinguir en seguida qué es lo mejor.
288. Hay ocasiones en las que los remedios enconan asuntos y enfermedades, y el mayor talento consiste en saber cuándo es peligroso usarlos.
289. La afectación de la sencillez es una delicada impostura.
290. Hay más defectos en el temperamento que en la inteligencia.
291. El mérito de los hombres tiene su estación, como los frutos.

292. Del humor de los hombres puede decirse, como de la mayoría de los edificios, que tiene varias caras, unas agradables y otras desagradables.
293. La moderación no puede vanagloriarse de combatir a la ambición y de someterla, porque nunca se encuentran juntas. La moderación es la languidez y la pereza del alma, como la ambición es su actividad y su ardor.
294. Siempre amamos a quienes nos admiran, aunque no siempre amemos a quienes admiramos.
295. Estamos muy lejos de conocer todos nuestros antojos.
296. Es difícil amar a quienes no estimamos, pero aún lo es más amar a quienes estimamos mucho más que a nosotros.
297. Los humores del cuerpo tienen un curso ordinario y regulado que mueve y dirige imperceptiblemente nuestra voluntad; circulan mezclados y ejercen sucesivamente un dominio oculto en nosotros, de tal manera que tienen parte considerable en todas nuestras acciones, sin que podamos conocerlos.
298. En la mayoría de los hombres la gratitud no es más que un oculto deseo de recibir beneficios mayores aún.
299. Casi todo el mundo se complace en agradecer las pequeñas mercedes; muchos agradecen las medianas; pero casi nadie deja de ser ingrato para con las grandes.
300. Hay locuras que se contagian igual que las enfermedades infecciosas.
301. Muchos son los que desprecian el bien, pero pocos saben hacerlo.
302. De ordinario en las cuestiones de poca monta es donde corremos el riesgo de no creer en las apariencias.
303. Por mucho que nos elogien no conseguiremos sorprendernos.
304. A menudo perdonamos a quienes nos han hecho daño, pero no podemos perdonar a quienes se lo hemos hecho.
305. El interés, al que se acusa de todos nuestros crímenes, a menudo debería ser elogiado por nuestras buenas acciones.
306. No abundan los ingratos cuando uno está en situación de hacer beneficios.
307. Es tan digno ser orgulloso consigo mismo como ridículo serlo con los demás.
308. De la moderación se ha hecho una virtud para poner freno a la ambición de los grandes hombres y para consolar a las medianías de su poca fortuna y de su escaso mérito.
309. Hay quien está destinado a ser necio y que sólo comete necedades por su elección, sino porque la misma fortuna le obliga a cometerlas.

310. A veces en la vida hay situaciones de las que para salir con bien hay que ser un poco loco.
311. Si hay hombres en los que nunca se ha manifestado el ridículo, es porque no se ha buscado bien.
312. La causa de que los enamorados no se aburran nunca de estar juntos en la de que siempre hablan de si mismos.
313. ¿A qué se debe que tengamos la suficiente memoria para recordar hasta los pormenores más pequeños de lo que nos ha sucedido, y que no obstante no nos acordemos de cuántas veces los hemos contado a la misma persona?
314. El extremado placer que sentimos al hablar de nosotros mismos debería hacernos temer que éste no es el caso de quienes nos escuchan.
315. Por lo común, lo que nos impide mostrar el fondo de nuestro corazón a nuestros amigos, más que la desconfianza que podamos sentir por ellos, es la que sentimos por nosotros mismos.
316. Las personas débiles no pueden ser sinceras.
317. No es una gran desdicha hacer mercedes a ingratos, pero es insoportable deber un favor a hombres indignos.
318. Hay maneras de curar la locura, pero no las hay para enderezar una condición mala.
319. No es fácil conservar durante mucho tiempo lo que debemos sentir por nuestros amigos y bienhechores, si nos damos la licencia para hablar a menudo de sus defectos.
320. Elogiar en los príncipes las virtudes que no tienen es injuriarlos impunemente.
321. Estamos más cerca de amar a quienes nos odian que a quienes nos aman más de lo que queremos.
322. Sólo las personas despreciables temen ser despreciadas.
323. Nuestra cordura está tan a merced de la suerte como todo lo que tenemos.
324. En los celos hay más amor propio que amor.
325. A menudo nos consolamos por debilidad de los males que la razón no tiene fuerza suficiente para consolar.
326. El ridículo deshonra más que el deshonor.
327. Si confesamos defectillos es para convencernos de que no tenemos defectos grandes.
328. La envidia es más irreconciliable que el odio.

329. A veces creemos odiar la adulación, pero lo único que odiamos es la manera de adular.

330. Se perdona mientras se ama.

331. Es más difícil ser fiel a la amada cuando somos dichosos con ella que cuando nos trata con desvío.

332. Las mujeres no conocen toda la extensión de su coquetería.

333. Las mujeres no son del todo crueles sin aversión.

334. A una mujer le es más difícil dominar su coquetería que su pasión.

335. En las cosas del amor, el engaño llega casi siempre más lejos que la desconfianza.

336. Hay cierta clase de amor cuyo exceso impide los celos.

337. Con algunas virtudes sucede lo que con los sentidos: quienes están enteramente privados de ellas no pueden ni descubrirlas ni comprenderlas.

338. Cuando nuestro odio es demasiado intenso nos hace inferiores a aquellos a quienes odiamos.

339. Sólo sentimos el bien y el mal en proporción a nuestro interés propio.

340. El talento de la mayoría de las mujeres sirve más para favorecer su locura que su razón.

341. Las pasiones de la juventud no son mucho más opuestas a la salvación que la tibieza de los viejos.

342. El acento de la tierra donde se nació permanece pegado a la mente y al corazón, lo mismo que a la lengua.

343. Para ser un gran hombre hay que saber aprovechar toda la suerte de que se dispone.

344. La mayoría de los hombres tienen, igual que las plantas, propiedades ocultas que el azar pone de manifiesto.

345. Hay ocasiones que nos permiten conocer a los demás, pero sobre todo a nosotros mismos.

346. No puede haber norma en la mente ni en el corazón de las mujeres, si su temperamento no está de acuerdo con ella.

347. Las únicas personas que nos parecen sensatas son las que opinan como nosotros.

348. Cuando se está enamorado, a menudo se duda de aquello en que se cree más.

349. El mayor milagro del amor consiste en curar de la coquetería.

350. Lo que más nos encoleriza de los que tratan de engañarnos es que se crean más listos que nosotros.

351. Cuesta mucho romper cuando ya no se ama.

352. Casi siempre nos aburrirnos con las personas con las que se supone que es imposible aburrirse.

353. Un hombre cabal puede enamorarse como un loco, pero no como un necio.

354. Hay algunos defectos que, bien manejados, brillan más que la misma virtud.

355. A veces hay personas a quienes echamos de menos más de lo que nos aflige su muerte, mientras que la muerte de otras nos aflige sin casi echarlas de menos.

356. Por lo común sólo elogiamos de buena gana a quienes nos admiran.

357. Las personas mezquinas se sienten exageradamente heridas por pequeñeces; las de espíritu amplio las ven todas, sin que ninguna les hiera.

358. La humildad es la verdadera piedra de toque de las virtudes cristianas; sin ella, conservaríamos todos nuestros defectos sin más que encubrirlos con el orgullo, que los esconde a los demás y a menudo a nosotros mismos.

359. Las infidelidades deberían apagar el amor, y no habría que sentirse celoso cuando hay motivos para estarlo: sólo las personas que evitan provocar celos son dignas de despertarlos en otro.

360. Perdemos mucho más crédito por las pequeñas infidelidades de que somos víctimas, que por las más grandes que hacemos a los demás.

361. Los celos siempre nacen con el amor, pero no siempre mueren con él.

362. La mayoría de las mujeres lloran con la muerte de sus enamorados más que porque les amaran mucho, por parecer más dignas de ser amadas.

363. Las violencias que nos imponen a menudo nos resultan más llevaderas que las que nos imponemos a nosotros mismos.

364. Es tan bien sabido que no hay que hablar mucho de la mujer propia, pero no siempre se tiene en cuenta que aún se debería hablar menos de uno mismo.

365. Hay buenas cualidades que degeneran en defectos cuando son naturales, y otras que nunca alcanzan la perfección cuando son adquiridas; por ejemplo, la razón tiene que hacernos buenos administradores de nuestra dicha y de nuestra presunción; y es preciso, por el contrario, que la naturaleza nos dé la bondad y el valor.

366. Por mucho que desconfiemos de la sinceridad de quien nos habla, siempre creemos que nos dicen más la verdad que a los demás.

367. Hay pocas mujeres honestas que no estén cansadas de su oficio.

368. La mayor parte de las mujeres honestas son tesoros escondidos que sólo están seguros porque nadie los busca.
369. Las violencias que uno mismo se impone para dejar de amar a menudo son más crueles que los rigores de la amada.
370. No abundan los cobardes que conozcan siempre todo su miedo.
371. Casi siempre es culpa del que ama no darse cuenta de que le han dejado de amar.
372. La mayoría de los jóvenes creen ser naturales, cuando no son más que descorteses y groseros.
373. Hay llantos que a menudo nos engañan a nosotros mismos, después de haber engañado a los demás.
374. Quien cree amar a una mujer por amor a ella, se equivoca de medio a medio.
375. Las mentes estrechas suelen condenar todo lo que está más allá de su alcance.
376. La envidia es destruida por la verdadera amistad, como la coquetería por el verdadero amor.
377. El mayor defecto de la perspicacia no es alcanzar su objetivo, sino rebasarlo.
378. Damos consejos, pero no es posible inspirar sensatez.
379. Cuando nuestro mérito mengua, nuestro buen gusto mengua también.
380. El azar manifiesta nuestras virtudes y nuestros vicios como la luz manifiesta los objetos.
381. La violencia que nos hacemos para seguir siendo fieles a lo que se ama equivale casi a una infidelidad.
382. Nuestras acciones son como rimas de pie forzado, que cada cual encaja con lo que quiere.
383. El deseo de hablar de nosotros mismos y de mostrar nuestros defectos tal como queremos que los demás los vean, representa una gran parte de nuestra sinceridad.
384. Sólo deberíamos sorprendernos de que aún podamos sorprendernos.
385. Somos casi tan difíciles de contentar cuando sentimos mucho amor como cuando apenas sentimos.
386. Nadie se equivoca más a menudo que aquellos que no pueden sufrir equivocarse.
387. Un necio no tiene madera de bueno.
388. Aunque la vanidad no derrumbe enteramente las virtudes, al menos las quebranta todas.

389. Lo que nos hace insoportable la vanidad de los demás es que hiere la nuestra.
390. Es más fácil renunciar al interés que al gusto.
391. A nadie parece tan ciega la muerte como a aquel a quien no favorece.
392. Hay que gobernar la fortuna como la salud: disfrutar de ella cuando es buena, cargarse de paciencia cuando es mala, y no recurrir nunca a grandes remedios salvo en caso de extrema necesidad.
393. El aire burgués a veces se pierde en el ejército, pero nunca se pierde en la Corte.
394. Se puede ser más astuto que otro, pero no más astuto que todos los demás.
395. A veces se sufre menos al ser engañado por la persona amada que cuando alguien nos desengaña.
396. Se conserva durante mucho tiempo al primer amante cuando no hay segundo.
397. Nos falta valor para decir, generalizando, que carecemos de defectos y que nuestros enemigos carecen de virtudes; pero, particularizando, no andamos muy lejos de creerlo.
398. De todos nuestros defectos, aquel con el que nos resulta más fácil estar de acuerdo es la pereza: nos convencemos a nosotros mismos de que tiene que ver con todas las virtudes apacibles, y que, sin destruir por completo las otras, se limita a suspender sus funciones.
399. Existe un encumbramiento que no depende de la suerte, es un cierto aire que nos distingue y que parece destinarnos a las grandes empresas; es un valor que nos damos imperceptiblemente a nosotros mismos; por esa circunstancia, usurpamos las deferencias de los demás hombres, y por lo común eso es lo que nos sitúa más por encima de ellos que el nacimiento, las dignidades y el mérito mismo.
400. Existe el mérito sin encumbramiento, pero no hay encumbramiento sin algún mérito.
401. El encumbramiento es al mérito lo que el adorno es a las personas agraciadas.
402. Lo que menos hay en los amoríos es el amor.
403. A veces la fortuna se sirve de nuestros defectos para encumbrarnos, y hay personas incómodas cuyo mérito no sería debidamente recompensado si no se quisiese comprar su ausencia.
404. Parece como si la naturaleza hubiera ocultado en el fondo de nosotros talentos y capacidades que no conocemos; sólo las pasiones pueden sacarlo a la superficie, proporcionándonos a veces ideas más certeras y completas de lo que hubiera sido posible obtener valiéndonos de un método.

405. Siempre llegamos desapercibidos a las diversas edades de la vida, y en ellas a menudo nos falta experiencia, a pesar de que se acumulan los años.
406. Las coquetas tienen a gala estar celosas de sus enamorados para ocultar que sienten envidia de las demás mujeres.
407. Los que se dejan engañar por nosotros no nos parecen no con mucho tan ridículos como nos parecemos nosotros mismos al dejarnos engañar por los demás.
408. El ridículo más peligroso de las personas que han tenido un gran atractivo consiste en olvidar que ya no lo tienen.
409. A menudo nos sonrojaríamos por nuestras acciones más nobles si los demás conocieran todos los motivos que las han inspirado.
410. La mayor proeza de la amistad no es mostrar nuestros defectos a un amigo, sino hacerle ver los suyos.
411. Casi todos los defectos son más perdonables que los medios de que nos servimos para disimularlos.
412. Por mucha deshonra que hayamos merecido, casi siempre está en nuestras manos restablecer nuestra reputación.
413. Poco dura la amenidad cuando el ingenio se ocupa siempre de lo mismo.
414. Los locos y los necios sólo saben ver las cosas a través del humor en que se encuentran.
415. A veces el ingenio nos sirve para cometer audazmente tonterías.
416. La vivacidad que aumenta al compás de la vejez no anda lejos de la locura.
417. En amor, quien sana primero es siempre el mejor sanado.
418. Las jóvenes que no quieren parecer coquetas y los hombres de edad avanzada que quieren caer en el ridículo, nunca deberían hablar del amor como de algo en lo que pueden participar.
419. Podemos parecer grandes en una situación inferior a nuestros méritos, pero a menudo parecemos pequeños en una situación más grande que nosotros.
420. Con frecuencia creemos ser fuertes en la desdicha, cuando en realidad sólo estamos abatidos, y la soportamos sin atrevernos a mirarla, como los cobardes se dejan matar por miedo a defenderse.
421. La confianza ayuda más a la conversación que el ingenio.
422. Todas las pasiones nos hacen cometer errores, pero los del amor son más ridículos.
423. Pocos saben ser viejos.
424. Solemos jactarnos de los defectos contrarios a los que tenemos; si somos débiles nos vanagloriamos de ser obstinados.

425. La sagacidad tiene un algo de adivinación que halaga más nuestra vanidad que todas las demás cualidades del entendimiento.
426. El atractivo de la novedad y la larga costumbre, aún siendo cosas opuestas, a menudo nos impiden por igual advertir los defectos de nuestros amigos.
427. La mayoría de los amigos nos hacen aborrecer la amistad, y la mayoría de los devotos nos hacen aborrecer la devoción.
428. Nada más fácil que perdonar a nuestros amigos los defectos que no nos conciernen.
429. Las mujeres enamoradas perdonan con mayor facilidad las grandes indiscreciones que las pequeñas infidelidades.
430. En la vejez del amor, como en la de la edad, se vive aún para los males, pero ya no se vive para los placeres.
431. Nada impide tanto el ser natural como el deseo de parecerlo.
432. Elogiar de buena gana una acción noble, en cierto modo es casi participar en ella.
433. La prueba más convincente de haber nacido con grandes cualidades es la de haber nacido sin envidia.
434. Cuando nuestros amigos nos han engañado hay que mostrarse indiferente a las muestras de su amistad, pero siempre hay que ser sensible a sus desdichas.
435. La suerte y el temperamento gobiernan el mundo.
436. Es más fácil conocer al hombre en general que conocer a un hombre en particular.
437. No hay que juzgar a un hombre por sus grandes cualidades, sino por el uso que sabe hacer de ellas.
438. Hay un género de gratitud tan intensa que no sólo nos permite pagar la deuda contraída con nuestros bienhechores, sino que hace incluso que nuestros amigos queden en deuda con nosotros, al pagarles lo que les debíamos.
439. Pocas cosas deseábamos ardientemente si conociéramos del todo lo que deseamos.
440. La causa de que la mayoría de las mujeres sean poco sensibles a la amistad está en que es insípida cuando se ha sentido amor.
441. En la amistad, como en el amor, a menudo se es más feliz por las cosas que se ignoran que por las que se saben.
442. Nos esforzamos por hacer gala de los defectos de los que no queremos corregirnos.

443. Las pasiones más vehementes de vez en cuando nos conceden una tregua, pero la vanidad siempre nos agita.
444. Los viejos insensatos son más insensatos que los jóvenes.
445. La debilidad es algo más opuesto a la virtud que el vicio.
446. Lo que hace tan agudos los dolores de la vergüenza y de la envidia es que la vanidad no sirve para ayudar a soportarlos.
447. El decoro es la menor de todas las leyes, y la más observada.
448. A quien razona bien le cuesta menos someterse a quien razona mal que guiarlo.
449. Cuando la fortuna nos sorprende dándonos una alta situación, sin habernos conducido hasta ella gradualmente, o sin que nos hayamos encumbrado por nuestras esperanzas, es casi imposible sostenerse allí con dignidad y parecer merecedores de aquel honor.
450. A menudo nuestro orgullo se acrece con lo que eliminamos de los demás defectos.
451. No hay necios más incómodos que los que tienen ingenio.
452. No hay quien se crea inferior, en ninguna de sus cualidades, al hombre que más admira en el mundo.
453. En los asuntos de importancia, más que esforzarse por provocar las situaciones, hay que aprovechar las que se presentan.
454. En pocos casos sería mal negocio renunciar a lo que de nosotros dicen de bueno, a condición de que no digan nada malo.
455. Por grande que sea la disposición de todos a equivocarse en los juicios, a menudo se alaba más el mérito falso que se comete una injusticia con el verdadero.
456. En ocasiones se dan necios con ingenio, pero nunca con buen juicio.
457. Sería más ventajoso manifestarnos tal como somos que tratar de parecer lo que no somos.
458. Nuestros enemigos se acercan más a la verdad al opinar sobre nosotros de lo que nos acercamos nosotros mismos.
459. Hay varios remedios que sanan el amor, pero ninguno es infalible.
460. Estamos muy lejos de darnos cuenta de todo lo que nuestras pasiones nos hacen hacer.
461. La vejez es un tirano que prohíbe, bajo pena de muerte, todos los placeres de la juventud.
462. El mismo orgullo que nos hace reprobar los defectos de los cuales nos creemos libres, nos empuja a desdeñar las virtudes de que carecemos.

463. A menudo hay más orgullo que bondad en el hecho de lamentar las desdichas de nuestros enemigos: si les demostramos compasión es para que vean que estamos por encima de ellos.
464. Hay excesos de bien y de mal que rebasan nuestra sensibilidad.
465. La inocencia encuentra mucha menos protección que el crimen.
466. De todas las pasiones violentas, la que sienta menos mal a las mujeres es el amor.
467. La vanidad nos empuja a hacer más cosas contra nuestro gusto que la razón.
468. Hay malas cualidades que hacen grandes talentos.
469. Nunca se desea ardientemente lo que sólo se desea por la razón.
470. Todas nuestras cualidades son inciertas y dudosas, tanto en bien como en mal, y están casi todas a merced de las ocasiones.
471. En las primeras pasiones, las mujeres aman al amante; y en las otras aman al amor.
472. El orgullo tiene sus extravagancias, como las demás pasiones; nos sonrojamos de admitir que se sienten celos, y se tiene a gala haberlos sentido y ser capaz de sentirlos.
473. Por raro que sea el verdadero amor, aún lo es menos que la amistad verdadera.
474. Hay pocas mujeres cuyo mérito dure más que la belleza.
475. El deseo de ser compadecido o de ser admirado a menudo es lo que constituye la mayor parte de nuestra confianza.
476. Nuestra envidia siempre dura más que la felicidad de aquellos a quienes envidiamos.
477. La misma fortaleza que sirve para resistir al amor, sirve también para hacerlo vehemente y duradero, y los débiles, que siempre están zarandeados por pasiones, casi nunca están verdaderamente dominados por ellas.
478. La imaginación no sabría inventar tantas y tan diversas contradicciones como existen naturalmente en el corazón de cada uno.
479. Sólo las personas que tienen fortaleza son capaces de obrar con verdadera humanidad; las que aparecen humanas, por lo común sólo son débiles, y se convierten fácilmente en agrias.
480. La timidez es un defecto que es peligroso reprender en las personas que se quiere corregir.
481. Nada más raro que la verdadera bondad; incluso los que creen poseerla por lo común son tan solo complacientes o débiles.

482. Nos apegamos por pereza o por constancia a lo que es fácil o agradable; esta costumbre pone límites a nuestros conocimientos, y nunca nadie se ha tomado la molestia de extenderse y de conducir su mente todo lo lejos que podría llegar.

483. De ordinario, se es más maldiciente por vanidad que por malicia.

484. Cuando el corazón aún está agitado por los residuos de una pasión, estamos más cerca de vivir otra nueva que cuando se está completamente curado.

485. Los que han conocido grandes pasiones durante toda su vida se sentirán felices y desdichados por haber sanado de ellas.

486. Hay aún más personas sin interés propio que sin envidia.

487. Tenemos más pereza en la mente que en el cuerpo.

488. La calma o la agitación de nuestro estado de ánimo dependen menos de las cosas importantes que nos suceden en la vida, que de una combinación cómoda o desagradable de pequeñeces que suceden todos los días.

489. Por malvados que sean los hombres, nunca se atreverán a mostrarse enemigos de la virtud, y cuando la quieren perseguir fingen creer que es falsa o le atribuyen crímenes.

490. A menudo se pasa del amor a la ambición, pero es muy difícil volver de la ambición al amor.

491. La avaricia extremada se equivoca casi constantemente: no hay pasión que se aleje más a menudo de su meta, ni sobre la cual tenga tanto poder el presente, en perjuicio del porvenir.

492. La avaricia produce a menudo efectos contrarios: hay una infinidad de personas que sacrifican todo su bienestar a esperanzas dudosas y lejanas; otras desdeñan grandes ventajas futuras por mezquinos intereses presentes.

493. Parece como si a los hombres no les bastaran sus defectos: todavía aumentan más su número con ciertas cualidades personales de las que afectan adornarse, y las cultivan con tanto esmero que acaban convirtiéndose en defectos naturales, de los que ya no saben enmendarse.

494. Lo que demuestra que los hombres conocen sus errores mejor de lo que suele creerse, es que nunca se acusan de nada cuando se les oye hablar de si mismos; el mismo interés propio que por lo común les ciega, entonces les ilumina, y les da una visión tan exacta de si mismos que les hace suprimir o disfrazar las menores cosas que podrían parecer vituperables.

495. Los jóvenes que hacen su entrada en sociedad tienen que mostrarse tímidos o alocados: un aire desenvuelto y aplomado se convierte por lo común en impertinencia.

496. Las querellas no durarían mucho si todas las culpas estuvieran de una parte.

497. No sirve de nada ser joven sin ser bella, ni ser bella sin ser joven.

498. Hay personas tan ligeras y tan frívolas que están tan lejos de tener verdaderos defectos como virtudes sustanciales.

499. Por lo común, no se tiene en cuenta la primera intriga amorosa de las mujeres hasta que tienen la segunda.

500. Hay personas tan poseídas de si mismas, que cuando se enamoran encuentran la manera de vivir para su pasión sin vivir para la persona a la que aman.

501. El amor, por agradable que sea, gusta aún más por la manera en que se presenta que por si mismo.

502. Poco ingenio con rectitud a la larga aburre menos que mucho ingenio con malignidad.

503. Los celos es el mayor de todos los males, y el que despierta menos compasión en las personas que lo causan.

504. Después de haber hablado de la falsedad de tantas virtudes aparentes, nada más adecuado que decir algo sobre la falsedad del desprecio a la muerte: oigo hablar de ese desdén por la muerte que los paganos se jactan de extraer de sus propias fuerzas, sin la esperanza de una vida mejor. No es lo mismo tolerar constantemente la muerte que despreciarla; lo primero es bastante común, pero me parece que lo otro nunca es sincero. Sin embargo se ha escrito todo lo posible para convencernos de que la muerte no es un mal, y los hombres más débiles, al igual que los héroes, han dado mil ejemplos famosos para confirmar esta opinión; no obstante, dudo que alguien con sentido común haya llegado a creerlo, y los esfuerzos que se hacen para convencer a los demás y a uno mismo, ya demuestran sobradamente que esta empresa no es fácil. Puede haber diversas causas que nos muevan a aborrecer la vida, pero nunca hay una razón para despreciar la muerte; los mismos que se la dan voluntariamente, no la tienen en poco, y se conmueven y se rebelan como los demás cuando viene a ellos por otro camino distinto al que han elegido. La desigualdad que se observa en el valor de una infinidad de hombres valerosos se debe a que la muerte se muestra en un modo muy diverso a su imaginación, y parece más presente en una ocasión que en otra; así sucede que después de haber despreciado lo que no conocían, temen por fin lo que conocen. Hay que evitar pensar en ella junto con todas sus circunstancias, si no se quiere aceptar que es el mayor de todos los males. Los más avisados y los más valientes son los que recurren a los pretextos más dignos para pensar en ella; pero cualquiera que la sabe ver tal como es, juzga que es algo espantoso. La necesidad de morir era lo único que daba insensibilidad a los filósofos: creían que convenía ir de buen grado allí donde no había más remedio que ir; y al no poder eternizar su vida, estaban dispuestos a todo para eternizar su reputación y salvar del naufragio lo que podían preservar. Contentémonos, para poner buen semblante, con no decirnos a nosotros mismos todo lo que pensamos del asunto, y confiemos más en nuestro carácter que en los débiles razonamientos que nos hacen creer que podemos acercarnos a la muerte con indiferencia. La gloria de morir con dignidad, la esperanza de que nos echen de menos, el deseo de dejar una buena fama, la seguridad de verse

libre de las calamidades de la vida y de no depender más de los antojos de la fortuna, son remedios que no hay por qué rechazar; pero tampoco hay que creer que sean infalibles. Para tranquilizarnos son lo que un simple seto significa a menudo en la guerra para los que tienen que acercarse a un lugar desde el que se dispara; cuando se está lejos, uno cree que servirá de protección; pero cuando estamos cerca, comprendemos que es menguada ayuda. No nos engañemos creyendo que la muerte nos parecerá de cerca lo mismo que habíamos juzgado de lejos, y que nuestras disposiciones, que no son más que debilidad, son de un temple tan sólido como para resistir la más dura de todas las pruebas. Mal conoce los efectos de nuestro interés propio quien piensa que puede ayudarnos a tener por nada lo que necesariamente ha de destruirlo; y la razón, en la que se cree encontrar tantos apoyos, es demasiado débil en este trance para persuadirnos de lo que queremos creer; por el contrario, es ella la que más a menudo nos traiciona, y en vez de inspirarnos desdén por la muerte, sirve para poner ante nuestros ojos lo que tiene de espantoso y de terrible; todo lo que puede hacer por nosotros es aconsejarnos que desviemos la mirada, que pongamos los ojos en otros objetos. Catón y Bruto los eligieron ilustres; un lacayo hace algún tiempo se contentó con bailar sobre el tablado en el que iba a sufrir el suplicio de la rueda. Por tanto, aunque los motivos sean diferentes, producen los mismos efectos; de tal modo que es cierto que, por muy grande que sea la desproporción que haya entre los grandes hombres y el vulgo, mil veces se ha visto a unos y a otros recibir la muerte con el mismo semblante; aunque con una diferencia, la de que el desprecio que los grandes hombres manifiestan por la muerte, el amor a la gloria es lo que les priva de su visión, mientras que en el vulgo el efecto de sus cortas luces es lo que les impide comprender la magnitud de su mal, y les deja libertad para pensar en otras cosas.

505. Dios puso talentos distintos en el hombre, como plantó árboles distintos en la naturaleza, de modo que cada talento, al igual que cada árbol, posee su propiedad y su efecto que le son propios. De ahí que el mejor peral del mundo no puede dar las manzanas más comunes, y que la inteligencia más alta es incapaz de producir los mismos efectos que el talento más ruin; de ahí también que sea tan ridículo empeñarse en decir sentencias, sin llevar su simiente dentro de uno, como empeñarse en que un huerto produzca bulbos aunque no se hayan sembrado cebollas.

506. Son incontables todas las especies de la vanidad.

507. Todo el mundo está lleno de sartenes que se burlan de los cazos.

508. Los que tienen en demasiado aprecio su nobleza no aprecian suficientemente lo que es su origen.

509. Dios permitió, para castigar al hombre del pecado original, que convirtiera en Dios a su amor propio, para que él le atormentara en todas las acciones de su vida.

510. El interés es el alma del amor propio, de tal manera que, al igual que el cuerpo, privado de su alma, queda sin vista, sin oído, sin conocimiento, sin sentimiento y sin movimiento, el amor propio separado, por así decirlo, de

su interés, no ve, no oye, no siente y no se mueve. Por eso el mismo hombre que recorre tierras y mares por su interés, se torna bruscamente paralítico cuando se trata del interés de los demás; de ahí ese súbito adormecimiento y esa muerte que causamos a todos aquellos a quienes contamos nuestros asuntos; de ahí su rápida resurrección cuando en nuestro relato mezclamos algo que les concierne. Así vemos en nuestras conversaciones y en nuestro trato que en instante el hombre pierde conocimiento y vuelve en sí, según que su propio interés se acerque a él o se aleje.

511. Lo tenemos todo como mortales, y lo deseamos todo como si fuéramos inmortales.

512. Diríase que el diablo ha puesto adrede la pereza en la frontera de varias virtudes.

513. Lo que nos impulsa a creer tan fácilmente que los demás tienen defectos es la facilidad que se tiene para creer lo que se desea.

514. El remedio de los celos es la certidumbre de lo que se temía, porque ésta causa el fin de la vida o el fin del amor; es un remedio cruel, pero más soportable que la duda y las sospechas.

515. La esperanza y el temor son inseparables, y no hay temor sin esperanza ni esperanza sin temor.

516. No hay que darse por ofendido porque los demás nos oculten la verdad, ya que nos la ocultamos tan a menudo a nosotros mismos.

517. A menudo lo que nos impide juzgar debidamente las sentencias que prueban la falsedad de las virtudes es que creemos con excesiva facilidad que son verdaderas en nosotros.

518. La devoción que se inculca a los príncipes es un segundo amor propio.

519. El término del bien es un mal, y el término del mal es un bien.

520. Los filósofos sólo condenan las riquezas por el mal uso que hacemos de ellas; depende de nosotros adquirirlas y emplearlas sin crimen; y en vez de que alimenten y aumenten los crímenes, como la leña mantiene el fuego, podemos dedicarlas a todas las virtudes, y de ese modo hacerlas más gratas y más resplandecientes.

521. La ruina del prójimo complace a amigos y a enemigos

522. Como la persona más feliz del mundo es aquella a quien poco basta, los grandes y los ambiciosos son ese aspecto los más desventurados, ya que necesitan reunir una infinidad de bienes para ser felices.

523. Una prueba convincente de que el hombre no fue creado tal como es ahora es la de que, cuanto más razonable se hace, más se avergüenza por la extravagancia, la bajeza y la corrupción de sus sentimientos y de sus inclinaciones.

524. La razón de que se combatan tan acertadamente las máximas que descubren el corazón del hombre es que se teme verse descubierto en ellas.

525. El poder que tienen sobre nosotros las personas a las que amamos casi siempre es mayor que el que tenemos nosotros mismos.

526. Es fácil reprender los defectos de los demás, pero la reprensión nunca nos sirve para corregir los propios.

527. El hombre es tan desventurado que, a pesar de orientar toda su vida a satisfacer sus pasiones, gime incesantemente por su tiranía: no puede ni soportar su violencia ni la que tiene que hacerse para liberarse de su yugo, no sólo le contrarían ellas, sino también sus remedios, y no acaba de acostumbrarse ni al dolor de la enfermedad ni al esfuerzo de su curación.

528. Los bienes y los males que nos acaecen no nos afectan según su magnitud, sino según nuestra sensibilidad.

529. La doblez no es más que una inteligencia ruin.

530. Sólo concedemos elogios para aprovecharnos de ellos.

531. Las pasiones son tan sólo los diversos gustos del amor propio.

532. El hastío extremado nos cura del hastío.

533. Se alaba o se vitupera la mayoría de las cosas porque está de moda alabarlas o vituperarlas.

534. Muchos quieren ser devotos, pero nadie quiere ser humilde.

535. El trabajo del cuerpo libera de las congojas del espíritu, y eso es lo que hace felices a los pobres.

536. Las verdaderas mortificaciones son las que nadie conoce; la vanidad hace fáciles las otras.

537. La humildad es el altar en el que Dios quiere que se le ofrezcan sacrificios.

538. Se necesitan pocas cosas para hacer feliz a un hombre juicioso; al necio no le satisface nada; ésta es la razón de que casi todos los hombres sean desdichados.

539. Nos esforzamos menos para ser felices que para hacer creer que lo somos.

540. Es mucho más fácil sofocar un primer deseo que satisfacer todos los que le siguen.

541. La cordura es al alma lo que la salud es al cuerpo.

542. Como los grandes de este mundo no pueden dar ni la salud del cuerpo ni la paz del alma, siempre compramos demasiado caros todos los beneficios que pueden hacer.

543. Antes de desear ardientemente una cosa conviene examinar cuál es la felicidad de quien la posee.

544. Un amigo verdadero es el mayor de todos los bienes, y el que menos se piensa en adquirir.
545. Los enamorados sólo ven los defectos de sus amadas cuando se disipa su encantamiento.
546. La prudencia y el amor no están hechos el uno para el otro: a medida que el amor crece, la prudencia disminuye.
547. A veces a un marido le resulta agradable tener una esposa celosa; así siempre oye hablar de lo que le gusta.
548. ¡Qué digna de lástima es la mujer que reúne el amor y la virtud!
549. La persona juiciosa sabe que es preferible no competir que vencer.
550. Es más necesario estudiar a los hombres que los libros.
551. La dicha o la desdicha por lo común van a aquellos que más tienen de una cosa o de la otra.
552. Una mujer honesta es un tesoro escondido; quien la ha descubierto no debería pregonarlo.
553. Cuando amamos mucho es difícil darse cuenta de si dejan de amarnos.
554. Si nos vituperamos es para que nos alaben.
555. Casi siempre nos aburrirnos con las personas a quienes se aburre.
556. Nunca es más difícil hablar bien que cuando se siente vergüenza por callar.
557. Nada más natural ni más engañoso que creernos amados.
558. Preferimos ver a quienes hacemos bien que a quienes nos lo hacen.
559. Es más difícil disimular lo que se siente que fingir lo que no se siente.
560. Las amistades reanudadas exigen más cuidados que las que nunca se han roto.
561. Un hombre a quien nadie gusta es mucho más desventurado que aquel que no gusta a nadie.
562. El infierno de las mujeres es la vejez.
563. El amor propio es el amor de uno mismo y de todas las cosas para sí; hace a los hombres idólatras de sí mismos y los haría tiranos de los demás si la fortuna les diese medios para ello. Nunca reposa fuera de sí ni se entretiene en cuestiones ajenas más que como las abejas en las flores, para sacar lo suyo. Nada más impetuoso que sus deseos, nada más oculto que sus propósitos, nada más ingenioso que su sistema; sus artimañas son inimaginables, sus transformaciones dejan atrás las de las metamorfosis y sus refinamientos los de la química. No es posible sondear la profundidad ni iluminar las tinieblas de sus abismos: allí está a cubierto de los ojos más

penetrantes, entregado a mil astucias y a menudo invisible a si mismo; allí engendra, cría y educa sin saberlo un gran número de afectos y de odios; algunos tan monstruosos, que una vez ven la luz no los reconocen o no se decide a tenerlos por propios. De esa noche que le envuelve nacen las ridículas suposiciones que forja sobre si mismo: de ahí proceden sus errores, sus ignorancias, sus groserías y sus necedades; de ahí que crea que sus sentimientos han muerto cuando sólo están dormidos, que imagine no querer correr más cuando reposa y que crea hacer perdido todos los gustos que ha saciado. Pero esta espesa oscuridad que le oculta a si mismo no impide que vea perfectamente lo que está fuera de él: en lo cual es semejante a nuestros ojos, que lo ven todo y solamente son ciegos para ellos mismos. En efecto, en sus mayores intereses y en sus asuntos más importantes, cuando la violencia de sus deseos reclama toda su atención, ve, oye, entiende, imagina, sospecha, penetra, lo adivina todo, de tal manera que estamos tentados a creer que cada una de sus pasiones tiene una especie de magia particular. Nada más íntimo y más fuerte que sus ataduras que trata de romper inútilmente al ver las desgracias extremas que le amenazan; sin embargo, a veces hace en poco tiempo y sin ningún esfuerzo lo que no ha podido hacer con todos los esfuerzos de que es capaz en el curso de varios años; de donde podría concluirse con verosimilitud que sus deseos se encienden por su causa, más que por la belleza y por el mérito de sus objetos; que su afición es el valor que los realza y los afeites que los hermosean; que corre tras de si mismo, y que persigue su capricho persiguiendo las cosas que son a su capricho. Es todos los contrarios: es imperioso y obediente, sincero y disimulado, misericordioso y cruel, cobarde y audaz. Tiene diferentes inclinaciones según la diversidad de los temperamentos que le atormentan y que le inclinan tan pronto a la gloria como a las riquezas o a los placeres; cambia de inclinaciones según la mudanza de la edad, de la fortuna o de las experiencias, pero le es indiferente tener varias o no tener más que una, porque se divide en varias y se reúne en una sola, según le convenga y como le plazca. Es inconsistente, y además de las mudanzas que proceden de causas ajenas, hay una infinidad que nacen de él y de su propio fondo; es inconstante de inconstancia, de ligereza, de amor, de novedad, de cansancio y de hastío; es antojadizo, y a veces se le ve obstinarse con el mayor empeño y a costa de esfuerzos increíbles, para obtener cosas que no le son ventajosas, y que incluso le son perjudiciales, pero tras de las cuales anda porque las quiere. Es extravagante y a menudo pone toda el alma en las ocupaciones más frívolas; encuentra el mayor placer en las más insípidas y conserva todo su orgullo en las más despreciables. Se da en todos los estados de la vida y en todas las condiciones; vive en todas partes y vive de todo, vive de nada; se acomoda con las cosas y con su privación; incluso se une al bando de las personas que le hacen la guerra, acepta sus propósitos, y, lo que es más sorprendente, se odia a si mismo con ellos, trama su perdición, se esfuerza por conseguir su ruina; en resumen que sólo se preocupa por ser, y con tal de ser, está dispuesto a ser su propio enemigo. No hay, pues, que extrañarse si a veces abraza la más áspera de las austeridades, y si penetra audazmente en sociedad con ella para destruirse, porque al mismo tiempo que se arruina en un lugar, se restablece en otro; cuando creemos que renuncia a su placer, no hace más que interrumpirlo o cambiarlo, e incluso cuando está vencido y

diríase que aplastado, vemos que triunfa en su propia derrota. Éste es el retrato del amor propio, cuya vida no es más que una grande y larga agitación; el mar es su imagen sensible, y el amor propio encuentra en el flujo y el reflujo de sus continuas olas una fiel expresión de la sucesión turbulenta de sus pensamientos y de sus movimientos eternos.

564. Todas las pasiones no son más que los diversos grados de calor y de la frialdad de la sangre.

565. La moderación en la próspera fortuna no es más que el temor a la vergüenza que sigue al arrebato, o el miedo a perder lo que se tiene.

566. La moderación es como la sobriedad; ya quisiéramos comer más, pero tememos que nos siente mal.

567. Todo el mundo juzga censurable en los demás lo que se juzga censurable en él.

568. El orgullo, como si estuviera cansado de sus artimañas y de sus diferentes metamorfosis, después de haber representado él solo todos los personajes de la comedia humana, muestra su rostro natural y se descubre por la altivez; de modo que, propiamente hablando, la altivez es el resplandor y la manifestación del orgullo.

569. La complexión que da el talento para las cosas pequeñas es contraria a la que se necesita para el talento de las grandes.

570. Es una forma de felicidad conocer hasta qué punto se debe ser desgraciado.

571. Cuando no se encuentra la paz en uno mismo es inútil buscarla fuera.

572. Nunca somos tan desventurados como creemos, ni tan felices como habíamos esperado ser.

573. A menudo nos consolamos de ser desdichados por un cierto placer que sentimos al parecerlo.

574. Habría que poder responder de nuestra suerte para responder de lo que haremos.

575. ¿Cómo puede responderse de lo que se querrá en el porvenir si no se sabe con exactitud lo que se quiere en el momento presente?

576. El amor es al alma del que ama lo que el alma es al cuerpo que anima.

577. Como nunca tenemos libertad para amar o para dejar de amar, el enamorado no puede quejarse con justicia de la inconstancia de su amada, ni ésta de la veleidad de su enamorado.

578. La justicia no es más que un fuerte temor de que nos quiten lo que nos pertenece; de ahí deriva esa consideración y ese respeto por todos los intereses del prójimo, y nuestro escrupuloso propósito de no causarle ningún perjuicio. Este miedo mantiene al hombre dentro de los límites de los bienes que le han proporcionado el nacimiento o la fortuna; y sin él haría continuas rapiñas en lo que pertenece a los demás.

579. En los jueces que son moderados la justicia no es más que el amor de su encumbramiento.
580. Vituperamos la injusticia, no por la aversión que sentimos por ella, sino por el perjuicio que causa.
581. Cuando estamos cansados de amar, nos alegra que nos sean infieles, para así liberarnos de nuestra fidelidad.
582. El primer impulso de alegría que sentimos por la dicha de nuestros amigos no se debe ni a la bondad de nuestra condición ni a la amistad que nos une a ellos: es un efecto del amor propio que nos regocija con la esperanza de ser también dichosos o de obtener alguna ventaja de su próspera fortuna.
583. En la adversidad de nuestros mejores amigos siempre hallamos algo que no nos disgusta.
584. ¿Cómo vamos a pedir que otro guarde nuestro secreto si nosotros mismos no podemos guardarlo?
585. La ceguera de los hombres es el efecto más peligroso de su orgullo; sirve para alimentarlo y agigantarlo, y nos priva del conocimiento de los remedios que podrían aliviar nuestras miserias y curarnos de nuestros defectos.
586. Dejamos de tener razón cuando ya no esperamos descubrirla en los demás.
587. Nadie apremia más a los demás como los perezosos, una vez han satisfecho su pereza, a fin de parecer diligentes.
588. Tenemos los mismos motivos de queja respecto a quienes nos enseñan a conocernos a nosotros mismos, que los que tenía aquel loco de Atenas que reprochaba a su médico haberle curado de la creencia de ser rico.
589. Los filósofos, y sobre todo Séneca, no suprimieron los crímenes con sus preceptos; sólo los emplearon en la edificación del orgullo.
590. Una prueba de poca amistad es no advertir que se enfría la de nuestros amigos.
591. Los más juiciosos lo son en las cosas baladíes, pero no lo son casi nunca en sus asuntos más graves.
592. La locura más sutil se hace con la más sutil de las corduras.
593. La sobriedad es el amor de la salud o la impotencia de comer mucho.
594. En los hombres, igual que en los árboles, cada talento tiene sus propiedades y sus efectos que le son propios.
595. Nunca se olvidan mejor las cosas que cuando uno está cansado de hablar de ellas.
596. La modestia, que parece rechazar los elogios, en el fondo no es más que un deseo de que nos elogien de un modo más sutil.

597. Sólo por interés se censura el vicio y se alaba la virtud.
598. El elogio que nos hacen al menos sirve para perseverar en la práctica de las virtudes.
599. La aprobación que se da al ingenio, a la belleza y al valor los aumenta, los perfecciona y les hace conseguir efectos mayores de los que hubieran sido capaces por si mismos.
600. El amor propio impide que quien nos adula sea el mayor de nuestros aduladores.
601. No se distingue entre las cóleras, aunque hay una ligera y casi inocente, que procede del ardor de la complexión, y otra muy criminal, que en el fondo no es más que el furor del orgullo.
602. Las almas grandes no son las que tienen menos pasiones y más virtudes que las almas comunes, sino tan sólo las que tienen propósitos más altos.
603. Los reyes hacen hombres como hacen monedas: les hacen valer lo que quieren, y estamos obligados a aceptarlos según su curso y no según su verdadero valor.
604. La ferocidad natural hace menos hombres crueles que el amor propio.
605. De todas nuestras virtudes puede decirse lo que un poeta italiano dijo de la honestidad de las mujeres, que a menudo no es más que un arte de parecer honesta.
606. Lo que el mundo llama virtud suele ser un fantasma formado por nuestras pasiones, al que se da un nombre honorable para hacer impunemente lo que queremos.
607. Estamos tan predispuestos en nuestro favor, que a menudo lo que tomamos por virtudes no son más que vicios que se les parecen, y que el amor propio nos disfraza.
608. Hay crímenes que se convierten en inocentes e incluso en motivo de gloria por su grandiosidad, su número y su exceso; de ahí que los robos públicos sean muestras de destreza, y que a apoderarse injustamente de provincias se llame hacer conquistas.
609. Sólo por vanidad confesamos nuestros defectos.
610. En el hombre no se encuentra el bien ni el mal en medida excesiva.
611. Los que son incapaces de cometer grandes crímenes no sospechan fácilmente que otros puedan cometerlos.
612. La pompa de los entierros tiene más que ver con la vanidad de los vivos que con el honor de los muertos.

613. Por mucha incertidumbre y variedad que haya en el mundo, sin embargo se advierte en él un encadenamiento secreto y un orden regulado desde siempre por la Providencia, que hace que cada cosa vaya por su cauce y siga el curso de su destino.

614. La intrepidez ha de sostener el corazón en las conjuras, mientras que sólo el valor le proporciona toda la fortaleza necesaria en los peligros de la guerra.

615. Quien quisiera definir la victoria por su nacimiento se vería tentado, como los poetas, a llamarla la hija del Cielo, dado que no se encuentra su origen en la tierra. En efecto, está producida por una infinidad de acciones que, en vez de tenerla por objetivo, sólo se orientan hacia los intereses particulares de los que la hacen, ya que todos los que componen un ejército, pensando en su propia fama y en su encumbramiento, proporcionan un bien tan grande y tan general.

616. No es posible responder de nuestro valor cuando nunca se ha estado en peligro.

617. Se tiende más a poner límites a la gratitud que a las esperanzas y a los deseos.

618. La imitación es siempre lamentable, y todo lo copiado no gusta, aunque contenga las mismas cosas que atraen cuando son naturales.

619. No siempre lamentamos la pérdida de nuestros amigos por causa de su mérito, sino por nuestras necesidades y por la buena opinión que tenían de nosotros.

620. Nada más difícil que distinguir la bondad general, esparcida por todo el mundo, de una gran habilidad.

621. Para poder ser siempre bueno es preciso que los demás crean que nunca pueden ser impunemente malvados con nosotros.

622. La seguridad de gustar es a menudo un medio infalible para contrariar.

623. No nos es fácil creer lo que está más allá de lo que vemos.

624. La confianza que se tiene en uno mismo engendra la mayor parte de la que se pone en los demás.

625. Existe una revolución universal que hace mudar el gusto como hace mudar las fortunas del mundo.

626. La verdad es el fundamento y la razón de la perfección y de la belleza. Una cosa, sea de la naturaleza que fuere, no puede ser bella y perfecta si no es verdaderamente todo lo que debe ser, y si no tiene todo lo que debe tener.

627. Hay cosas bellas que tienen más atractivo cuando son imperfectas que cuando están demasiado bien terminadas.

628. La magnanimidad es un noble esfuerzo del orgullo por el cual hace al hombre dueño de sí mismo, para hacer que señoree todas las cosas.

629. El lujo y el exceso de refinamiento en los estados son el presagio seguro de su decadencia, porque todos los particulares se apegan a sus intereses privados, desentendiéndose del bien público.

630. De todas las pasiones, la que nos es más desconocida es la pereza; es la más ardiente y la más maligna de todas, aunque su violencia sea insensible y que los daños que cause permanezcan muy ocultos. Si reflexionamos atentamente sobre su poder, comprobaremos que en toda ocasión se hace dueña de nuestros sentimientos, de nuestros intereses y de nuestros placeres; es la rémora que tiene fuerza bastante para detener a los mayores navíos; es una bonanza más peligrosa para los asuntos importantes que los escollos y que las mayores tempestades. El reposo de la pereza es un hechizo secreto del alma que interrumpe bruscamente las actividades más ardorosas y las resoluciones más obstinadas; en fin, para dar la verdadera idea de esta pasión, digamos que la pereza es como una beatitud del alma, que la consuela de todo lo que pierde y que sustituye a todos los bienes.

631. De varias acciones diferentes que la fortuna dispone como le place, nacen varias virtudes.

632. Nos gusta adivinar lo que piensan los demás, pero no nos gusta que hagan otro tanto con nosotros.

633. Es enojosa enfermedad conservar la salud por medio de una dieta muy severa.

634. Es más fácil tener amor cuando no se tiene que deshacerse de él cuando no se tiene.

635. La mayoría de las mujeres se entregan más por debilidad que por pasión; de ahí que, por lo común, los hombres decididos triunfen más a menudo que los otros, aunque no sean más dignos de ser amados.

636. En amor no amar mucho es un medio seguro para ser amado.

637. La sinceridad que se piden los enamorados para saber uno y otro cuándo dejarán de amarse, más que para enterarse cuando dejen de ser amados, es para estar más seguros de que se les ama mientras no se les diga lo contrario.

638. La comparación más exacta que puede hacerse del amor es la de la fiebre: estamos tan impotentes ante uno como ante la otra, ya sea por su violencia, ya por su duración.

639. La mayor muestra de inteligencia de los menos inteligentes es saber someterse a una buena guía ajena.

640. Siempre tememos ver a la persona amada cuando acabamos de tener un galanteo con otra.

641. Hay que consolarse de los errores propios cuando se tiene ánimo suficiente para reconocerlos.

